

monos aulladores, de la cual dice Geoffroy Saint-Hilaire lo que sigue: «Además de su uso natural, que es asegurar la posición asiéndose á cualquier rama de un árbol, sirven los monos de ella para otros usos muy variados. La emplean para coger diversos objetos sin mover el cuerpo, muchas veces ni aun los ojos, sin duda porque la parte desnuda en que aquella termina es de un tacto bastante delicado para suplir con frecuencia al órgano de la vista.» Resulta de aquí que la cola es á la vez para los ateles un órgano prehensil y de locomoción, y comunica á sus movimientos la seguridad que ante todo necesitan.

Cuando andan, se sostienen bien en su rama hasta que la cola, siempre en busca de apoyo, consigue arrollarse á un objeto cualquiera; al bajar, aquel órgano no abandona la rama superior sin que las manos hayan encontrado un punto sólido, y para volver á subir rodean con la cola la rama donde se hallan hasta que sus manos consiguen coger otra. Estos monos tienen mas fuerza en el órgano prehensil que en las manos, siendo tan poderosos los músculos flexores del extremo del apéndice, que se arrolla como el resorte de un reloj. El aullador se suspende de su cola aunque no haya dado mas que media vuelta alrededor de la rama; le sirve de verdadero gancho, y como tal le presta todos los servicios imaginables. Privado de este apéndice, es un animal perdido; con él sostiene el cuerpo aun después de la muerte, pues los músculos no siempre se distienden á impulsos de aquel peso. Refiere Azara que algunas veces se encuentran carayays medio podridos, pendientes de una rama por la cola.

Pocos animales viven tanto en los árboles como los monos aulladores: rara vez bajan á tierra, y es probable que lo hagan únicamente cuando no pueden beber sin abandonar las ramas ó las plantas trepadoras. Alejandro de Humboldt dice que son incapaces de correr por un terreno llano, ni siquiera de moverse, y Rengger considera como fábulas las historias de los indios, que aseguran que estos animales atraviesan algunas veces los ríos á nado. «De tal modo temen al líquido elemento, dice este observador, que si á consecuencia de una crecida rápida llegan las aguas de un río á bañar el pié de un árbol aislado donde ellos se encuentran, perecen de hambre antes que pasar á nado á otro árbol. Yo encontré, añade, una vez una bandada de monos en un árbol rodeado de agua, y estaban tan flacos, que apenas podían moverse, habiéndose comido todas las hojas y las ramas viejas un poco tiernas, y devorado una buena parte de la corteza. Para alcanzar el bosque vecino, hubiera sido suficiente atravesar á nado una distancia de sesenta piés.» El mismo naturalista asegura no haber visto nunca ningun aullador en medio del campo ni huella de su paso en la tierra.

Cuando el aullador no sufre persecución alguna, habita siempre en el mismo territorio, que á lo mas tendrá una lengua de extensión. Con frecuencia permanece con su familia todo el día en un árbol, siendo muy raras las veces que se ve un mono solo, pues la familia está siempre junta. «Parece, dice Hensel, que tienen convencimiento de su inocuidad; donde no se les da caza, ni les asusta el ladrido de los perros, no temen al hombre. Dase á menudo el caso de que un hombre que se halle bajo un árbol, al levantar casualmente los ojos, descubra toda una manada de aulladores, que le están observando largo rato y que no huyen sino cuando conocen que han llamado la atención de aquel, pero no se alejan precipitadamente ni á larga distancia, sino que se limitan á ocultarse en las copas de los árboles cercanos. En los sitios donde se les molesta frecuentemente, son mucho mas tímidos y desaparecen al primer ladrido del perro. Cuando se esconden saben hacerlo tan bien que á veces se les busca en vano, á pesar de que se sabe que no pueden aun haber de-

jado el árbol. Sobre todo, suelen meterse entre las espesuras de las plantas parásitas, y allí esperan sin moverse. Con el auxilio de un antejo se reconoce á veces su negra cara en medio de un zarzal de orquídeas, mirando de hito en hito al cazador para no perder ninguno de sus movimientos; sin embargo, el pelaje rojo de los machos adultos descubre bien pronto la presencia de los monos, indicio que rara vez engaña.

«Cuando en el verano los rayos del sol han hecho desaparecer la frescura de la noche y ahuyentado las nieblas de los valles, entonces la pequeña manada de aulladores que durante la noche habian estado tan arrimados los unos á los otros, que formaban casi una masa compacta instalada en las fuertes ramas de un árbol, se disuelve, y cada uno va en busca de su alimento. Satisfecho su apetito, se quedan en el mismo sitio, hasta que los rayos del sol empiezan á molestarles, y mientras tanto se divierten á su modo, pero siempre con juegos sencillos y decentes como es de esperar de unos animales que por este concepto en nada se parecen á sus congéneres. Escogen entonces una gran higuera, cuyo techo de hojas les preserva de los ardores del sol, mientras sus fuertes ramas les proporcionan sitio para pasear. Una de estas ramas, cerca de la cual se ha agrupado cada uno á su gusto, es elegida por el jefe de la familia, el cual se pasea lleno de gravedad arriba y abajo con la cola levantada. Al poco rato empieza la música, que consiste en ciertos aullidos entrecortados que lanza el padre de familia, muy parecidos á los del leon cuando hace retumbar los ecos del bosque. Estos aullidos parecen producidos por fuertes aspiraciones y espiraciones; poco á poco van siendo mas fuertes y frecuentes; parece que el cantor se extasia; bien pronto los intervalos casi no se distinguen, y los aullidos, hasta allí destacados, se trasforman en un rugido continuo. Al llegar aquí parece que el afán de aullar se apodera de los monos presentes; todos reunen sus voces á las del director de la orquesta, y durante diez minutos los ecos del bosque repiten por aquellas soledades tan horrible coro. Para concluir, el mono viejo destaca otra vez los aullidos, como al principio, solo que el final no es tan largo como la introducción.

«La voz, única en su género en toda la clase de los mamíferos, no sorprende por su fuerza absoluta; pues en esta no puede rivalizar con la del leon ó la del ciervo cuando están en celo, pero sí por la desproporción que guarda con un cuerpo tan pequeño que comunmente no pesa mas que el de un zorro grande. Se ha intentado muchas veces describir la voz del aullador, pero el que no la haya oído no podrá nunca formarse una idea aproximada de ella.»

En la estación calurosa, y sobre todo por la mañana y por la noche, es cuando el aullador grita con mas frecuencia. Muchas veces aullan horas enteras, y solo se callan á cortos intervalos. En tiempo frio ó lluvioso se les oye raras veces, pero de noche nunca. Humboldt asegura que se oyen los aullidos de estos monos á 1,500 metros de distancia; el príncipe de Wied opina que desde mas lejos, pero la indicación de Humboldt se apoya en datos precisos y no en aproximaciones.

«En medio de las vastas llanuras cubiertas de yerba, dice, se distingue fácilmente un grupo de árboles habitados por los monos cuyos gritos se oyen, y al acercarse ó alejarse de aquel grupo, se puede reconocer á qué distancia dejan de ser perceptibles los aullidos.» ¿Por qué gritan así estos animales? Este es un verdadero enigma, á menos que se quiera suponer que lo hacen para divertirse entre sí. La aparición de un perro basta para que callen inmediatamente; toda la bandada trata de ocultarse cuanto antes detrás de las ramas mas gruesas ó en el follaje; algunas veces pasa de la copa de un árbol

á otra, pero siempre con lentitud, de modo que si el terreno no ofrece obstáculos, el cazador puede perseguirlos fácilmente. Se ha observado que cuando huyen se ensucian, por efecto sin duda del miedo, lo cual ha hecho decir á los indios que arrojan sus inmundicias al hombre que los caza.

El aullador encuentra en su aérea morada todo cuanto necesita: la variedad y abundancia de los productos del bosque le aseguran siempre el alimento, y no se contenta con las hojas, sino que come asimismo los granos, los retoños, las flores, y acaso tambien los insectos y huevos de pajarillos. Nunca devasta las plantaciones aunque permanezca dias enteros en los árboles á ellas inmediatos; prefiere las hojas al maíz y á los melones.

A veces se le ve, segun Hensel, colgados con la punta de la cola enroscada en una rama, y cogiendo las hojas de otra

que se halla mas abajo, para llevárselas, aun colgando, á la boca y comerlas. Su alimento consiste principalmente en hojas, y así lo prueban, no solamente los dientes siempre negros, sino tambien el estómago del individuo muerto, en el cual solo se encuentra una papilla como de hojas machacadas.

**REPRODUCCION.**—En la América del Sur la hembra da á luz un solo pequeño y pare en el mes de junio ó julio; á veces tambien á principios de agosto. Hensel asegura que la reproducción de los aulladores no tiene estación fija, pues todo el año se encuentran pequeños recién nacidos, y se pueden recoger por consiguiente en un solo dia fetos y pequeños en diferentes grados de formación y edad. Nunca tienen, segun parece, mas que una cria. Durante las primeras semanas después del nacimiento, esta se agarra al bajo vientre de

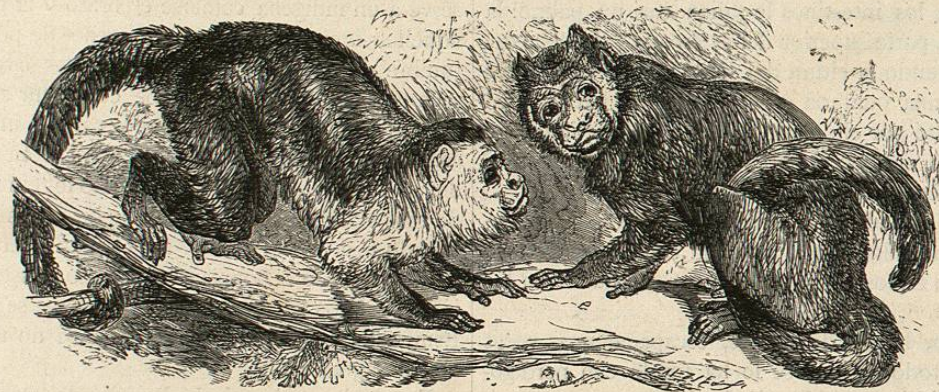


Fig. 75.—EL SAJU APELLA O PARDO

Fig. 76.—EL SAJU CORNUDO

la madre con brazos y piernas, como lo hacen los monos del antiguo continente; y mas adelante la madre le lleva á cuestas. Esta no demuestra su cariño con caricias, como lo hacen los otros monos, aunque al principio jamás se separa de la prenda de su amor; pero después, cuando el pequeño está un poco mas desarrollado, se desembaraza de él, poniéndole bruscamente sobre una rama para poder librarse de su peso. Los indios, en vista de esto, pretenden que la hembra de los aulladores no conoce el amor maternal y que se muestra indiferente con sus hijos; pero el príncipe de Wied dice expresamente: «Con el peligro aumenta la solicitud de la madre y esta no abandona al pequeño, aun cuando se halle herida de gravedad.»

El aullador jóven es tan fastidioso como su madre y, á causa de su gran nuez, mas feo aun que esta.

**ENEMIGOS.**—Los enemigos de los aulladores, dice Hensel, son además del hombre, tan solo los animales que trepan á los árboles, como el puma, el ocelote y sobre todo el hirare, el mayor de los mustélidos después del gloton. «He recogido un cráneo de este animal, muerto de día por un cazador, en el momento en que bajaba de un árbol con un aullador ya medio estrangulado. Los horribles gritos de la manada habian llamado la atención del cazador, que llegó precisamente á tiempo para castigar al ladrón. El enemigo mas peligroso del aullador es quizás una grande ave carnívora muy rara y que no pasa, segun dicen, sino de noche por los bosques; esta ave, probablemente una arpía, roba los monos pequeños. Como el gavilan, vuela rápidamente, casi tocando las copas de los árboles, se precipita sobre la descuidada manada de monos y arrebató los hijuelos de las espaldas de la madre. El terror de los animales tan súbitamente sorprendidos, es tan grande, que se olvidan de la defensa y hasta de la huida, limitándose á extender los brazos sobre la cabeza gritando lastimosamente.»

**CAZA.**—En los puntos de la América del Sur, visitados por Hensel, se cazan los aulladores con perros. Estos últimos tienen una gran afición á la caza de este mono, que es para ellos el alimento mas agradable entre toda la caza, mientras que, aun estando muy hambrientos, no tocan nunca al capuchino. El olor de los aulladores es muy fuerte y desagradable para el hombre, sobre todo la orina y los excrementos. Los perros, sin embargo, son de otra opinión, y si encuentran la mas pequeña gota de orina en el suelo, no hay que hacer mas sino dejarles entrar en el bosque para hallar muy pronto una manada de aulladores. Si se tira varias veces á estos animales, los perros se acostumbran muy pronto y de tal manera á cazarlos, que ya no quieren buscar otra cosa sino monos. Por eso los cazadores dejan generalmente quietos á los aulladores y solamente les tira algun brasileño aficionado á su carne. Para los perros el primer grito de los monos es ya una señal de caza; acuden en la dirección de que este grito ha partido; encuentran en breve el árbol donde se ocultan los monos, y el ladrido de los canes interrumpe en seguida su canto haciéndoles huir y esconderse apresuradamente. En las regiones solitarias, donde nada los molesta, el macho adulto desciende á una de las ramas inferiores y desde allí reta á los perros, reto que excita en estos la mas terrible rabia. Si en aquel momento se dispara un tiro al animal, los perros no esperan su caída sino que lo cogen en el aire. Cuando disputan con los perros, la voz del macho de los aulladores cambia un poco su sonido, y es exactamente el gruñido de un cerdo que teme le quiten sus crías, cuando algun desconocido entra en su pocilga.

Al primer tiro, los aulladores huyen tan pronto como pueden; el terror les domina de tal modo, que hasta los animales ilesos, especialmente cuando se ven obligados á dar un salto que ellos creen muy grande, empiezan á orinar y evaluar el vientre, si bien esto no pasa, por lo general, sino con

los muy viejos ó heridos que presienten su muerte inmediata. Según Hensel, es cosa divertida el ver cómo un mono viejo enseña en estas ocasiones á los hijuelos casi adultos, que sobrecogidos de terror saltan sobre sus espaldas para escapar mas pronto del peligro, á valerse de sus propias fuerzas: les da un bofetón, y les hace ver que no es obligación de un mono padre de familia, salvar aquellos que por sí mismos lo pueden hacer.»

El aullador, continúa Hensel, posee una gran resistencia vital, y aun cuando haya recibido heridas que harían caer de los árboles á cualquier otro animal, huye de tal modo que parece sano.

Ví una vez en una manada un macho muy grande de color claro, casi amarillo, y deseé poseerlo. La primera bala hirió al animal en un muslo á la raíz de la cola, lo que le impedía abandonar el árbol; la segunda le atravesó el vientre, de modo que los intestinos le salían casi un palmo: la tercera le cogió la parte superior del estómago y un poco del pecho; no permitiendo la altura del árbol y los movimientos del animal hacer una puntería segura, la cuarta bala le tocó en la garganta, pasó por el ángulo de la mandíbula inferior y destruyó la laringe, sin que el pobre mono, que á cada bala había contestado con un fuerte gruñido, cayese.

Al fin una perdigonada bien dirigida acabó con sus padecimientos; esta tenacidad, este apego á la vida, no se observa generalmente sino en los animales carnívoros y nunca en los herbívoros.

El aullador, aun herido de muerte, escapa algunas veces al cazador, sobre todo cuando se le ha tirado con perdigones, puesto que, si bien cuando pierde de pronto el conocimiento, cae del árbol, en cambio, si tiene tiempo, enrosca la punta de su cola á una rama delgada, y aun despues de muerto, queda en esta posición, hasta que un fuerte viento le desprende la cola de la rama. Por esto se reconoce que, el movimiento de agarrarse con dicho apéndice, es de propia voluntad; mas que el quedarse colgado, depende del mecanismo especial de su cola. Todos los monos de cola enroscada tienen en la parte inferior de la punta de esta, un pedazo liso y pelado de la misma estructura y con la misma aspereza que la palma de la mano. Al colgarse el mono, da dos vueltas con la cola, una por encima de otra, al rededor de la rama; la parte lisa se adhiere á la corteza del árbol que por su aspereza impide que la cola se resbale. De esta manera se puede colgar de un bastón un mono muerto, del mismo modo que se cuelga uno vivo, y solo cuando á causa del balanceo, la segunda vuelta se desprende de la primera, cae el animal.

Nuestras mejores escopetas no se pueden comparar con la terrible, y sin embargo tan sencilla, arma de los indios, la cerbatana. Por eso los pieles-rojas matan con mucha mas facilidad que nosotros á los aulladores, y á pesar de la grandísima habilidad con que manejan su arma, prefieren siempre subirse á un árbol, desde donde envían la pernicioso flecha á la tranquila manada. En una gran parte del Paraguay son muy perseguidos los aulladores, porque su piel es muy buscada y la carne un buen bocado para los indios.

El doctor Francia mandó un día preparar mas de cien granaderas con las pieles de los monos aulladores negros; tambien sirven para formar bolsas, sillas de caballo, etc.

Muchos viajeros, entre ellos el príncipe de Wied, se han alimentado durante mucho tiempo, casi exclusivamente, con la carne de los aulladores, y aseguran que tiene muy buen gusto y que da un caldo excelente. Sin embargo, en todos los casos tiene este alimento algo de repugnante, sobre todo cuando los indios introducen el mono desollado en la caldera, ó le fijan en un palo puntiagudo para asarle. Véase lo que sobre esto dice Schomburgk: «El que ve por primera vez un

asado de esta especie no puede menos de experimentar un asco invencible y no le es posible desterrar la idea de que asiste á un festín de caribes que se disponen á devorar un niño. El estómago se revuelve, por poco delicado que sea, y se necesita una gran fuerza de voluntad para hincar el tenedor en semejante vianda.»

Humboldt confirma estas palabras, diciendo lo siguiente: «La manera de asar estos animales antropomorfos contribuye mucho á que la operación sea repugnante para el hombre civilizado. Se fija en el suelo, á un pié de elevación, una especie de parrilla de una madera muy dura; se dobla el cuerpo del mono desollado como para sentarle, y se le extiende entonces sobre aquella de modo que se apoye sobre sus largos y delgados brazos, ó bien se cruzan estos sobre la espalda. Luego se enciende una hoguera, y la llama y el humo rodean el cadáver, asándole y ahumándole al mismo tiempo. Cuando se ve á un indígena comerse el brazo ó la pierna de uno de aquellos monos, no puede uno menos de pensar que la costumbre de alimentarse con los animales cuyo cuerpo se parece tanto al del hombre, debe contribuir á que los salvajes sientan menos repugnancia por la carne humana. Los monos asados, sobre todo los que tienen la cabeza redonda y grande, se parecen á los niños, y por esto los europeos que comen de esos cuadrumanos, mandan quitar los miembros, no utilizando mas que el tronco. La carne de mono es tan seca y tan magra, que á Bonpland le ocurrió conservar en su colección de París un brazo y una mano que se habían asado en Esmeralda, y al cabo de algunos años no tenían el menor olor desagradable.»

En muchos países de la América del Sur los europeos no comen la carne de mono, pues la consideran como el alimento mas despreciable; pero á los indios, por el contrario, les gusta mucho, y constituye para ellos su principal alimento.

**DOMESTICIDAD.**—Rara vez se trata de domesticar á los monos aulladores, porque esto ofrece grandes dificultades. Rengger solo ha visto dos cautivos que tenían poco mas de un año: alimentábanlos con diversas hojas de árboles, que preferían á toda otra comida, y aseguraba su guardian que el maíz, la yuca y la carne les hacían daño. Su carácter era triste y desagradable, pues siquiera de índole cariñosa y dócil, nunca se les veía alegres. Por regla general, permanecían en un rincón con la cabeza inclinada sobre el pecho; colocaban las manos anteriores sobre las rodillas, ó apoyábanlas en el suelo lo mismo que las posteriores, y arrollaban con la cola sus piernas de modo que cayese sobre los brazos. En esta posición permanecían horas enteras hasta que el hambre les obligaba á buscar su alimento, en cuyo caso andaban lentamente apoyándose en sus cuatro piés, sin correr ni saltar sino muy raras veces, observándose que no podían tenerse derechos mas que un instante. Sus sentidos eran, al parecer, muy delicados; elegían cuidadosamente el alimento, oían y veían muy bien y demostraban muchas veces que su tacto era muy fino. Su inteligencia parecía bastante limitada; no fijaban la atención en su guardian mejor ó con preferencia á los extranjeros, ni querían aprender tampoco habilidad ninguna. Sin embargo, el príncipe de Wied habla de otros aulladores domesticados que profesaban mucho afecto á sus amos y lanzaban gritos lastimeros cuando los abandonaban un solo instante; pero su pereza, su carácter melancólico, y los gritos y gruñidos que dejaban oír con frecuencia, desagradaban á todo el mundo, incluso su propio dueño.

El único método de coger á los aulladores, dice Hensel, es matar á las madres, que llevan todavía en brazos á sus hijuelos, sucediendo á veces, que estos ni con el tiro, ni con la caída, reciben daño alguno, cayendo ilesos en poder del cazador.

Siendo muy difícil descubrir el pequeño cuando huye con la madre, muy rara vez se cogen aulladores; además son los animalitos á veces tan jóvenes, que sería menester un cuidado extraordinario para mantenerles vivos. Habiendo obtenido un día un aullador tan joven que parecía componerse solamente de una cabeza gorda y de largos brazos y piernas excesivamente flacas, le puse con una perra perdiguera, cuyos hijos no tenían mas que ocho días. A pesar de que la perra gustaba mucho de la carne de mono, parecía conmoverse con la voz lastimera del huérfano y sufrió su presencia sin incomodarse. Desgraciadamente eran sus tetas demasiado grandes para la pequeña boca del monito, y este no podía cogerlas por mas esfuerzos que hacia. Además no quería quedarse en la cama como los cachorros, sino que se agarraba siempre con sus escuálidas, pero fuertes manos, al pelo de la perra; de modo que esta saltaba muchas veces fuera del cubil, intentando, si bien en vano, desasirse de él. Me ví obligado al fin á matar el animalito para no dejarle morir de hambre. En otra ocasión en que pude proporcionarme leche, otro monito que obtuve la bebía con mucho gusto en una cuchara de café que cogía él mismo é intentaba llevársela á la boca; pero tambien hube de matarle porque cada día enflaquecía mas y mas por falta de calor. Es notable el vigor con que estos animales jóvenes pueden retener un objeto una vez cogido. Cuesta mucho trabajo hacerles soltar la ropa, y cuando llegan á agarrarse á las barbas, creen estar en brazos de la madre y se sujetan con sus largos dedos de tal modo, que uno no puede quitárselos de encima sino á costa de sacrificar no pocos pelos, resistiéndose además el mono con grandes gritos.

No creo que estos animales, encerrados en una jaula y puestos en un jardín zoológico, puedan hacer gala de todas sus facultades y divertirse con sus juegos; para eso sería menester edificar una casa á propósito, ó reservarles un grande espacio en el jardín, con árboles aislados, donde ellos estuviesen al aire libre, y este espacio cercado con una gran empalizada, sin ningun saliente por la parte interna al que el mono pudiese agarrarse; creo que la altura de dos metros sería suficiente, puesto que este animal es poco saltador. Lo mas propio para estos animales sería un árbol frondoso, rodeado de un grupo espeso de pinos; pues esto les daría ocasión de elegir, según la hora del día y el tiempo, un sitio mas cálido ó mas fresco; quizás tambien se resolverían á instalarse en una cabaña que se hubiera hecho en el árbol, ó al menos á buscar en ella abrigo contra la lluvia y el frío.»

Yo por mi parte considero la proposición de Hensel imposible de poner en práctica, pues, según todas las pruebas hechas, no podemos deducir de la duración vital de un animal en estado salvaje, la que pudiera tener domesticado.

Opino, por consiguiente, que á lo mas en los calurosos días de verano se les podría proporcionar el placer de dejarles trepar á los árboles, pero de noche deberíamos darles una habitación bien caliente para dormir. En las casas de monos del jardín zoológico de Lóndres vivía hace algunos años un mono aullador, que en apariencia gozaba de buena salud; pero nunca dejaba oír su voz y se distinguía en este punto muy desventajosamente del semnopiteco, de cuya magnífica voz me he ocupado ya. Otro individuo de la especie de los aulladores ha llegado vivo en estos últimos tiempos á manos de uno de nuestros primeros comerciantes de animales.

### LOS ATELES — ATELES

**CARACTÉRES.**—Los ateles se caracterizan por su cuerpo flaco y la longitud considerable de sus miembros raquí-

cos; si se prescinde de su agilidad y viveza, son los monos de largos brazos del antiguo continente. El naturalista que primero los llamó *Monos-arañas*, eligió muy bien el nombre, pues una sola mirada basta para reconocer su analogía con aquellas.

A fin de caracterizar mejor los ateles, bastará recordar que tienen la cabeza pequeña, la cara sin barba, los pulgares anteriores rudimentarios, y la parte inferior de la cola prehensil y desnuda.

**DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.**—Los ateles viven en la América meridional hasta los 25° de latitud Sur.

**USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.**—Su vida parece ser muy monótona y esencialmente igual en las diferentes especies. «Viven, dice Tschudi de acuerdo con otros naturalistas, en manadas de diez á doce individuos; á veces tambien se les encuentra á pares y no es raro el caso de verlos solos. Por espacio de varios meses notábamos que un mono solitario de este género estaba siempre en el mismo punto: cuando fué muerto vimos que era un macho de mediana edad.

Las manadas se descubren á sí mismas por el continuo pero leve rumor que producen en las ramas, las cuales saben apartar muy hábilmente para avanzar con el menor ruido posible. Heridos, lanzan unos gritos agudos y retumbantes é intentan huir. Los mas pequeños no se separan de la madre, y aun despues de muerta, se agarran á ella y la acarician mucho tiempo; y cuando está ya rígida y se queda colgada de la rama de un árbol con la cola enroscada, es por consiguiente muy fácil coger á los hijuelos. No cuesta trabajo el domesticarlos; son afables, confiados y dóciles, pero no viven mucho tiempo en cautividad. Con mucha frecuencia padecen de diarrea y de lepra, en cuyo caso se quejan y sufren mucho.

Las especies de este género se distinguen poco unas de otras; sin embargo, es menester representar á varias de ellas por medio de grabados para explicar las variadas posiciones que toman estos animales.

### EL ATELES COAITA — ATELES PANISCUS

#### EL ATELES MARIMONDA — ATELES BEELZEBUTH

De los ateles que viven en Guayana, dos son los mas frecuentes: el coaita (fig. 72) y el marimonda ó aru (fig. 73).

**CARACTÉRES.**—El primero es uno de los mayores de su género; su longitud es de 1<sup>m</sup>.25, inclusa la cola que mide mas de la mitad; la altura hasta los hombros es de 0<sup>m</sup>.40. El pelaje es áspero, levantado sobre la frente en forma de cresta, de color negro azabache, solamente rojizo en la cara; la piel es oscura, y en las plantas de los piés y las palmas de las manos, negra. Un par de ojos castaños y vivos dan á la cara de estos monos una expresión agradable.

### EL ATELES CHAMEK — ATELES PENTADACTYLUS

En Quito, en el istmo de Panamá y en el Perú es el chamek (fig. 74) el tipo de los ateles; tiene una longitud de 1<sup>m</sup>.30, deduciendo de esta mas de la mitad que mide su larga cola; su pelaje es negro oscuro y la mano está provista de una epifisis en el sitio del pulgar.

### EL ATELES MIRIKI — ATELES CERIODES Ó BRACHYTELES HYPOXANTHUS

**CARACTÉRES.**—El príncipe Maximiliano de Wied es